

«Honrados ciudadanos y buenos cristianos»: Dimensión política de la pedagogía de Don Bosco

P. Luis Ricchiardi, sdb
Párroco de María Auxiliadora
Cuenca

Iniciando una historia

En otoño de 1841, ordenado sacerdote hacía solamente unos meses, Don Bosco se establece en Turín en la residencia sacerdotal del «Convitto de la Consolata». Andando por la ciudad, se queda desconcertado: los adolescentes vagabundeaban por las calles, desocupados, tristes, dispuestos a lo peor.

Aquellos muchachos eran un «efecto perverso» de la Revolución industrial que estaba trastornando Europa, llegando también a Italia. Esta era un gran salto hacia adelante de la humanidad, pero el precio lo estaban pagando las clases más humildes con un pavoroso costo humano. «Una pequeña minoría de grandes ricos –afirmaba León XIII– impuso una verdadera esclavitud a una multitud infinita de proletarios».

Visitando los muchachos en las cárceles de Turín, Don Bosco queda aún más desconcertado. Escribe: «Ver bandas de jovencitos en edades entre 12 a 18 años; todos sanos, robustos, despiertos, ingeniosos...; verlos ahí inoperantes, picados por los insectos, con necesidad de pan espiritual y temporal, fue algo que me horrorizó».

Don Bosco ve la realidad social, le toma el significado y asume las consecuencias. De esta experiencia nace en él una inmensa compasión por aquellos muchachos necesitados y explotados; en su corazón crece una

elección personal de vida: «¡cuidar a los muchachos abandonados, entregar su vida por ellos!».

Inicia buscando buenos puestos de trabajo, los visita, abre escuelas nocturnas y dominicales para ellos, sociedades de socorro mutuo y, primer caso en la historia laboral de Italia, exige a los patronos contratos de aprendizaje por sus muchachos. En estos contratos Don Bosco obliga a los patronos a emplear a los jóvenes aprendices solo en su oficio, y no como servidores y criados; exige que las correcciones se les hagan con palabras y no con golpes. Se preocupa de la salud, del descanso festivo y de las vacaciones anuales. Y exige una paga «progresiva» porque el tercero y último año de aprendizaje era en la práctica un año de verdadero trabajo.

La opción por la educación

Pero todo esto no lograba responder a las necesidades de los chicos. Y Don Bosco hace definitivamente la opción de la educación: un tipo de educación que previene el mal a través de la confianza en el bien que existe en el corazón de cada joven, que desarrolla sus potencialidades con perseverancia y con paciencia, que construye la identidad personal de cada uno. Se trata de una educación que forma personas solidarias, ciudadanos activos y responsables, personas abiertas a los valores de la vida y de la fe, capaces de vivir con sentido, alegría, responsabilidad y competencia.

Con imaginación y generosidad Don Bosco crea un *ambiente* de acogida, rico de calidad humana y cristiana, en el cual los educadores están presentes entre los jóvenes con una cercanía afectiva y efectiva. El Oratorio de Valdocco se convierte en su realización ideal y en un punto de referencia para el futuro, un auténtico taller/laboratorio pedagógico del Sistema Preventivo.

En este ambiente Don Bosco elabora una *propuesta educativa* con la cual quiere prevenir las experiencias negativas de los muchachos que llegan a Turín en búsqueda de trabajo, de los huérfanos o de aquellos cuyos padres no pueden o no quieren ocuparse de ellos, de los vagabundos que no son todavía malhechores... Esta propuesta ofrece a los jóvenes una educación que desarrolla sus mejores recursos, hace renacer la confianza en sí mismos y el sentido de la propia dignidad, crea un ambiente positivo de alegría y amistad en el cual asumen, casi por contagio, los valores morales y religiosos; incluye una *práctica religiosa* propuesta y vivida en forma tal que los jóvenes queden espontáneamente involucrados y motivados.

Mirando más allá... hacia el cambio de estructuras

Para Don Bosco es importante cuidar de los jóvenes que vienen al Oratorio, pero es igualmente importante para él la preocupación por buscar a todos aquellos que habían quedado fuera. Se preocupa por el desarrollo de la persona hasta su plena madurez humana y cristiana, pero también se preocupa por la transformación de la sociedad, a través de la educación.

La sociedad que Don Bosco tiene en la mente es una sociedad cristiana, construida sobre los fundamentos de la propuesta evangélica del Reino de Dios. Un Reino que, en la perspectiva de Jesús, lo pueden hacer realidad solo los pequeños, los pobres, los marginados del poder y de la riqueza, en la medida que renuncian a ser ricos: son ellos los que pueden entender esta propuesta de Jesús.

A diferencia de otros fundadores de instituciones educativas, Don Bosco intuye que la esperanza de un mundo nuevo, en un contexto de cambios radicales como el inicio de la era industrial, se podía fincar sobre todo en los chicos pobres y en las clases populares (*del basso popolo*) y no en los hijos de la clase acomodada.

Consciente así de la importancia de la educación de la juventud pobre y del pueblo, para la transformación de la sociedad, Don Bosco se convierte en promotor de nuevos *proyectos sociales de prevención y de asistencia*; piensa en la relación con el mundo del trabajo, en los contratos, en el tiempo libre, en la promoción de la instrucción y la cultura popular por medio de la prensa. Don Bosco sabe que no basta atenuar la situación de malestar y abandono en la cual viven aquellos muchachos (*acción paliativa*); se siente movido a hacer un cambio cultural (*acción transformadora*) a través de un ambiente y una propuesta educativa que involucran a muchísimas personas identificadas con él y con su misión y abre perspectivas hacia otro mundo posible.

Don Bosco sabe valorar todo lo positivo que hay en la vida de las personas, en la realidad creada, en los acontecimientos de la historia. Esto lo lleva a descubrir los auténticos valores presentes en el mundo, especialmente si son deseados por los jóvenes y los pobres; a insertarse en el flujo de la cultura y del desarrollo humano de su propio tiempo, estimulando el bien y evitando el quejarse simplemente de los males; a buscar con sabiduría la cooperación de muchos, convencido de que cada uno tiene dones que necesitan ser descubiertos, reconocidos y valorados; a creer en la fuerza de la educación que sostiene el crecimiento del joven y lo anima a ser un honesto ciudadano y un buen cristiano; a confiarse siempre y en cualquier circunstancia a la Providencia de Dios, percibido y amado como Padre.

Honestos ciudadanos, porque buenos cristianos

Formar «buenos cristianos y honestos ciudadanos» es la intención expresada muchas veces por Don Bosco para indicar *todo lo que los jóvenes necesitan* para vivir en plenitud su existencia humana y cristiana al servicio de un mundo distinto, como lo quiere Dios.

Don Bosco no entiende las dos afirmaciones separadas: para él entre las dos hay una relación de reciprocidad ineludible. Para él no es posible luchar, como cristianos, por una Italia y un mundo más fraterno y justo, sino desde la perspectiva del seguimiento de Jesús.

El ideal que Don Bosco persigue, el de aportar, por medio de la educación de los pobres y de las clases populares, al cambio de este mundo, no es solo un ideal sociológico o político, sino es un auténtico acto de fe.

Don Bosco está bien consciente que ser cristiano no es solo cuestión de cumplir prácticas religiosas, sino de un compromiso para seguir a Jesús en la construcción del Reino. No descuida las prácticas religiosas, pero ayuda a vivirlas en una perspectiva de apertura incondicional para buscar y preparar un mundo más fraterno y solidario, partiendo del mismo ambiente de su Oratorio. De los muchachos-modelos, de quienes escribe las biografías (Domingo Savio, Francisco Besucco, Miguel Magone), subraya siempre su compromiso para hacer de la casa del Oratorio un ambiente que, de alguna manera, se acerque al sueño del Reino, compromiso inspirado y animado por la unión con Dios y por la devoción a la Virgen María.

Su «política del padrenuestro» no es una propuesta pietista y desencarnada, sino (en un lenguaje de hoy, que Don Bosco no podía usar...) un compromiso claro y valiente para apoyar e inventar, si necesario, todo lo que puede ayudar a sus muchachos a empeñarse para que se haga realidad el Reino de Dios: una sociedad donde todos tengan lo necesario para una vida digna, donde se crea concretamente en la posibilidad y la urgencia de cambio, pidiendo perdón y perdonando; donde la lucha contra todo mal es compromiso constante, donde se sepa actuar con auténtica libertad frente a tantas propuestas engañosas que alejan del proyecto de Dios.

La vivencia del sacramento de la Penitencia apuntaba a vivir esta actitud constante de cambios personales y comunitarios, la frecuencia de la Eucaristía hacía experimentar la necesidad de buscar en comunidad la fuerza para no desmayar frente a las dificultades para vivir el proyecto de Dios a nivel personal y comunitario-social.

A la escuela de Don Bosco hoy

El educador, según el corazón de Don Bosco, debe ser consciente de que la educación del Sistema Preventivo se fundamenta sobre una visión cristiana de la persona y de la vida; estar convencido que la riqueza más

profunda y significativa de la persona es su apertura a Dios, su buen Papá, y a su sueño de amor para este mundo.

Se trata de despertar o profundizar en los jóvenes la apertura al auténtico sentido religioso de la vida, de desarrollar la capacidad de descubrir en la realidad cotidiana los signos de la presencia y la acción de Dios, de comunicar la convicción de la profunda coherencia entre la fe y los valores humanos de solidaridad, libertad, verdad, justicia, paz.

Es urgente avanzar en la reafirmación actualizada de la «opción sociopolítica-educativa» de Don Bosco. Esto no significa promover un activismo ideológico vinculado a particulares opciones políticas de partido, sino formar en una sensibilidad social y política que lleva en cualquier caso a empeñar la propia vida en el bien de la comunidad social, comprometiendo la existencia como misión, con una referencia constante a los inalienables valores humanos y cristianos, e incentivando experiencias explícitas de compromiso social en el sentido más amplio:

Esta cualidad social de la educación salesiana puede hoy encontrar todavía más clara comprensión y realización con el compromiso en la promoción de los derechos humanos, en manera particular, aquellos de los niños, como vía privilegiada para realizar, en los diversos contextos, el compromiso de prevención, de desarrollo humano integral, de construir un mundo con mayor equidad y solidaridad.

El «buen cristiano» hoy

Don Bosco, «quemado» por el celo por las «almas», comprendió la ambigüedad y los peligros de la situación histórica, criticó sus presupuestos liberal-capitalistas, descubrió nuevas formas para oponerse al mal a pesar de los escasos recursos de los que disponía. Su sueño fue formar, en esta situación, jóvenes que fueran «buenos cristianos», capaces de experiencias comunitarias y fieles al Papa.

¿Cómo actualizar el «buen cristiano» de Don Bosco? ¿Cómo salvaguardar hoy la totalidad humano-cristiana del proyecto en iniciativas prevalentemente religiosas y pastorales, ante los peligros de los antiguos y nuevos integrismos y exclusivismos?

¿Cómo transformar la educación tradicional, nacida en un contexto de religiosidad homogénea, en una educación abierta y al mismo tiempo crítica frente al pluralismo contemporáneo? ¿Cómo educar para vivir de forma autónoma y al mismo tiempo para saber participar en los procesos de un mundo multiétnico, multicultural e interreligioso?

Vivimos en una sociedad secular, construida sobre principios de igualdad, de libertad, de participación, en una sociedad «líquida»... En esta sociedad la propuesta educativa salesiana conserva su capacidad de formar,

desde una perspectiva auténticamente cristiana, un ciudadano consciente de sus responsabilidades sociales, profesionales, políticas, capaz de comprometerse por la justicia y por promover el bien común, con una especial sensibilidad y preocupación por los grupos más débiles y marginados.

Para esto cada obra salesiana debe siempre presentarse como un centro de acogida y de convocación del mayor número posible de personas, que se convierta cada vez más en un núcleo animador, capaz de extenderse hacia el exterior, involucrando en forma y modos diversos a todos aquellos que desean comprometerse en la promoción y la salvación de todos con y desde los jóvenes y los pobres.

A la escuela y con el auxilio de María

La presencia de María, en la educación de Don Bosco, tiene una importancia fundamental. A sus muchachos, muchas veces desamparados aun del cariño materno, la presenta de manera que les ayude a crecer como Madre Inmaculada y Auxiliadora.

La presenta como Inmaculada, como la mujer plenamente realizada, que vive con gozo el proyecto que Dios tiene con ella: un proyecto de ser salvada del pecado, para poder con su Hijo salvar al mundo, hacerlo bueno y feliz para todos y todas.

La presenta como Auxiliadora, como madre amorosa, preocupada para que sus hijos logren vivir plenamente el sueño de Dios sobre cada uno. Pero, consciente de las vicisitudes de la historia de la Iglesia en que había nacido la devoción a María como *Auxiliadora de los cristianos*, y encarnado en la realidad de su tiempo (un mundo convulsionado a nivel político y económico), la piensa y propone como la madre que quiere caminar con sus hijos, los jóvenes y los pobres, quiere sostenerlos en su lucha valiente para que se haga realidad lo que su Hijo Jesús vino a iniciar, el Reino de Dios.

En la perspectiva de una educación que ayude a los jóvenes y a los pobres a realizarse y a aportar para el cambio del mundo, la presencia de María tiene así una dimensión no solo devocional, sino «política»: es la Madre que *auxilia* a sus hijos a vivir coherentemente la «política del padre-nuestro».